

# EL CINCO DE ESPADAS

G. K. CHESTERTON



Digitalizado por **LIBRO**dot.com

<http://www.librodot.com>

Fue sin duda una extraña coincidencia que los dos amigos, el francés y el inglés, hubiesen discutido sobre aquel tema, aquella misma mañana. La coincidencia parecerá tal vez menos increíble a un entendimiento filosófico, si añadido que venían discutiendo aquel tema todas las mañanas durante el mes que llevaban de excursión por la comarca que se extiende al sur de Fontainebleau.

En efecto, fue esta repetición y variedad de aspectos lo que dio al entendimiento más lógico y paciente del francés ocasión para su último comentario.

-Amigo mío - dijo-, usted me ha dicho muchas veces que el duelo francés es una cosa que no tiene sentido. Cuando lo discutíamos ayer, por ejemplo, usted me recordó el lance del viejo Le Mouton con aquel periodista judío que se hace llamar Vallon. Porque el pobre senador salió con un simple rasguño en la muñeca, usted lo calificó de farsa.

-Y no puede usted negar que fue una farsa - respondió el otro, impasible.

-Pero ahora - continuó su amigo -, porque acertamos a pasar delante del Château d'Orange, desentierra usted el cadáver del viejo conde que fue muerto allí, Dios sabe cuándo, por un vagabundo aventurero austríaco, y me dice, con un estallido de rectitud británica, que fue una tragedia repugnante.

-Bien, y no puede usted negar que fue una tragedia - repitió el inglés -. Dicen que la pobre condesa joven no podía continuar viviendo allí bajo su sombra, y ha vendido el castillo y se ha ido a París.

-París tiene sus consuelos religiosos -dijo el francés, sonriendo con cierta austeridad -. Pero me parece que no es usted razonable. Una cosa no puede ser mala al mismo tiempo porque es demasiado peligrosa y porque lo es demasiado poco. Si el duelo transcurre sin sangre, usted llama tonto al pobre duelista francés. Si acaba con derramamiento de sangre, ¿cómo le llama usted?

-Le llamo un tonto sanguinario - respondió el inglés.

Las dos figuras nacionales podían haber servido para demostrar cuán real es la nacionalidad y cuán independiente es la raza; o por lo menos de los tipos físicos que generalmente se asocian con la raza. Porque Paul Forain era alto, delgado y rubio, pero francés hasta la punta de los dedos, de su perilla o de sus largos y estrechos zapatos; pero en nada tan francés como en una cierta grave curiosidad que mantenía su ceño en una arruga permanente; se le veía pensar. Y Hank Monk era bajo, rechonco y moreno, y, no obstante, exuberantemente inglés, inglés en su traje gris a cuadros y en su corto bigote oscuro; y en nada tan inglés como en su completa ausencia de curiosidad, hasta donde era compatible con la cortesía. Llevaba el humor, y hasta el buen humor de la transigencia social inglesa como un vestido; de la misma manera como, según podía uno imaginar, su traje a cuadros grises le hacía llevar consigo el clima inglés por todas aquellas tierras soleadas. Ambos eran jóvenes y ambos profesores en un famoso colegio francés; el uno de jurisprudencia, el otro de inglés; pero el primero, Forain, se había especializado tanto en ciertos aspectos del procedimiento criminal, que a menudo se le consultaba sobre concretos problemas criminales. Fueron ciertas opiniones suyas sobre el asesinato y le homicidio las que habían provocado la renovada disputa sobre el duelo. Acostumbraban a pasar juntos sus vacaciones, y acababan de almorzar en el parador de «Las siete estrellas», a una milla de distancia de donde se hallaban.

Rayaba el sol por el lado opuesto del valle y su luz daba de lleno en aquél por donde iban ellos. El terreno descendía hasta el río en una serie de rellanos como las terrazas de un jardín, y en el que quedaba inmediatamente sobre su cabeza surgían el parque abandonado y la fachada sombría del viejo castillo, flanqueada a derecha y a izquierda por otra fachada igualmente sombría de pinos y abetos, que se desplegaban interminablemente como las lanzas de un ejército hacía tiempo hundido en el polvo. Los primeros rayos del sol, aún teñidos de escarlata, se reflejaban en una hilera de pequeños invernáculos para cohombres u otras hortalizas, indicadores de que el sitio, si no estaba habitado, lo había sido recientemente, y encendían los oscuros ventanales de la casa, convirtiendo, acá y allá, un cristal en un rubí. Pero el jardín estaba cubierto por grupos de árboles casi tan adventicios como si fueran musgos gigantes, y en un punto u otro de aquella melancólica espesura, según les habían dicho, el siniestro coronel Tarnow, un militar austríaco del cual se sospechaba desde entonces que fuera un espía, había hundido la hoja de su espada en la garganta de Maurice d'Orange, el último señor de aquel lugar. El camino descendía, y la vista por encima del seto pronto fue obstruida por una gran cerca tan cubierta de hiedra y vid silvestre y enredaderas, que parecía ser ella misma más un seto que una pared.

-Sé que se ha batido usted, y sé que está usted lejos de ser un bruto - concedió Monk, continuando la conversación-. Por mi parte, por mucho que odiase a un hombre, no creo que deseara nunca matarle.

-No creo que yo deseara matarle - respondió el otro-. Sería más exacto decir que yo deseaba que me matara él. Veá usted, yo deseaba que él pudiera matarme. Esto es lo que no se quiere comprender. Para

demostrar cuánto arriesgaba yo por mi parte en la contienda... ¡Hola! ¿Qué demonio es esto?

Sobre el muro de arriba, cubierto de hiedra, había aparecido una figura, casi negra, bajo el cielo matinal, de manera que no podían ver nada de su rostro, y sí solamente su único gesto frenético. Un momento después había saltado la pared y les salía al paso con las manos extendidas, como pidiendo socorro.

-¿Alguno de ustedes es médico? gritó el desconocido-. De todos modos, vengan a prestar ayuda: ha muerto un hombre.

Pudieron ver ahora que la figura era la de un joven delgado cuyos negros cabellos y negros vestidos ofrecían el súbito desorden que sólo se ve en lo que comúnmente es ordenado. Tenía echado sobre sus ojos, como impelido por una rama al pasar, un rizo de su brillante cabello, y llevaba guantes de color amarillo claro, uno de los cuales estaba roto por los nudillos.

-¿Un hombre muerto? - repitió Monk -. ¿Cómo ha muerto?

La mano enguantada de amarillo hizo un movimiento de desesperación.

- ¡Oh! ¡La maldita historia de siempre! - exclamó -. Demasiado beber, demasiado hablar y el desenlace a la mañana siguiente. Pero Dios sabe que nunca nos habíamos propuesto que la cosa llegara tan lejos.

Con uno de los súbitos impulsos que se escondían tras de su algo adusta dignidad, Forain había ya escalado el bajo muro y estaba de pie sobre él, y su amigo inglés le siguió con igual celeridad y más indiferencia. En cuanto estuvieron allí vieron en el césped de abajo el espectáculo que lo explicaba todo y ponía un comentario tan terrible y al mismo tiempo tan adecuado a su propia controversia.

El grupo del césped incluía tres hombres de levita y sombrero de copa, a más del mensajero de la desgracia, cuyo sombrero de seda había rodado al azar junto a la pared por donde él había saltado. Parecía haberla saltado, dicho sea de paso, con una impetuosidad que indicaba una súbita reacción de horror y arrepentimiento, porque Forain observó, sólo a una o dos yardas de distancia en el muro del jardín, una puerta que, aunque indudablemente desusada, con los goznes herrumbrosos y manchada de líquidos, hubiera sido la salida natural en un momento más normal. Pero la mirada se sentía atraída muy razonablemente por las dos figuras en mangas de camisa, alrededor de las cuales se agitaban las otras, y que debían haber cruzado las espadas un momento antes. Una de ellas, estaba en pie, con el arma todavía en la mano, una mera línea blanca, con un ojo penetrante podía ver acabar en un punto rojo. La otra figura en mangas de camisa yacía como un blanco guiñapo sobre el césped, y una espada del mismo modelo, de una forma un poco anticuada, brillaba en la hierba donde su mano la había dejado caer. Uno de los testigos estaba inclinado sobre él, y al acercarse los desconocidos levantó un lívido rostro, un rostro con gafas y una negra barba triangular.

-Demasiado tarde - dijo -. Ha muerto.

El hombre que aún empuñaba la espada la arrojó con un sonido inarticulado más espantoso que una maldición. Era un hombre alto, elegante, con un aire de distinción hasta en su atuendo de duelista; un cabello rojo y una roja barba puntiaguda hacían resaltar la palidez de su rostro, de bello perfil aguileño. El hombre que estaba a su lado le puso la mano en el hombro y parecía empujarle un poco, tal vez impulsándole a huir. El testigo, como dicen los franceses, era un hombre alto, arrogante, con una larga barba negra cortada como siguiendo el modelo de su larga levita negra, y, un poco incongruentemente, llevaba puesto un monóculo. El último del grupo, el segundo testigo del matador, permanecía inmóvil y algo apartado del resto. Era un hombre corpulento, mucho más joven que sus compañeros y con un rostro clásico como el de una estatua y casi impasible como el de una estatua. Por un impulso común a toda la trágica reunión, se había quitado el sombrero al anuncio de la muerte, como si se hallara en un funeral, y el efecto produjo en el inglés un ligero sobresalto; porque el joven llevaba el cabello cortado tan al rape que casi podía haber sido calvo. La moda era bastante corriente en Francia, pero no obstante parecía en desacuerdo con la juventud y la buena presencia del joven. Era como si Apolo se hubiera afeitado como un eremita oriental.

-Señores - dijo Forain, al cabo -, puesto que se me ha mezclado con este terrible asunto, he de ser franco. No estoy en situación de ser farisaico. Yo mismo he estado a punto de matar a un hombre, y sé que la réplica puede ser casi incontenible. No soy - añadió con una sombra de acritud - un humanitario, que quisiera que tres hombres fuesen degollados por el hacha de la guillotina porque uno ha muerto a filo de espada. No soy un funcionario oficial, pero tengo influencia oficial; y tengo, si puedo decirlo así, una reputación que perder. Ustedes deben convencerme, por lo menos, de que este asunto ha sido limpio e inevitable como fue el mío; de otro modo tendré que volver a mi amigo el mesonero de «Las siete estrellas», quien me pondrá en comunicación con otro amigo mío, el jefe de la Policía.

Y, sin más excusas, atravesó el césped y contempló la figura caída en el suelo, una figura especialmente

patética, porque era manifiestamente más joven que ninguno de los supervivientes, incluso el testigo suyo que había corrido a pedir auxilio. El pálido rostro era imberbe; los cabellos eran muy rubios y estaban peinados de una manera que Monk, con un nuevo impulso de simpatía reconoció como inglesa. No había duda de que estaba muerto; un breve examen demostró que la punta de la espada había ido directamente al corazón.

El hombre corpulento de la gran barba negra rompió el silencio para responder:

-Le he de dar las gracias, señor, por su sinceridad, puesto que soy, en cierto melancólico sentido, su huésped en esta ocasión. Soy el barón Bruno, propietario de esta finca, y fue en mi mesa donde se produjo el mortal insulto. Debo hacer a mi infortunado amigo Le Coran - e hizo un ademán de presentación hacia el duelista de la barba roja - la justicia de decir que el insulto fue mortal y seguido de un desafío directo. Era una acusación de fullería, remachada por otra de cobardía. No quiero ser duro para con el muerto; pero algo se debe al vivo.

Monk se volvió a los testigos del muerto. -¿Ustedes confirman esto? preguntó.

-Creo que tiene razón - dijo el joven de los guantes amarillos -. Hubo culpa por ambas partes. Después añadió bruscamente.

-Me llamo Waldo Lorraine y me avergüenzo de tener que decir que soy el loco que trajo a mi pobre amigo aquí para jugar. Era un inglés, Hubert Crane, a quien conocí en París, y sabe Dios que sólo me proponía hacerle pasar un buen rato. Y el único favor que le he hecho es el de ser su testigo en este sangriento final. Aquí, el doctor Vandam, siendo también un extraño a la casa, tuvo la bondad de actuar como colega mío. El duelo fue regular, lo he de reconocer, pero el motivo de la disputa fue... - se detuvo y una sombra de vergüenza oscureció su rostro moreno -. He de confesar que no pude juzgar de ello y no recuerdo más que una especie de pesadilla. Para decirlo sin ambages, había bebido demasiado para darme cuenta o para preocuparme de ello.

El doctor Vandam, el hombre pálido con gafas, movió lúgubrementemente la cabeza, sin dejar de contemplar el cadáver.

-No puedo ayudarle - dijo -. Yo estaba en «Las siete estrellas» y sólo vine a tiempo de concertar el duelo.

-Mi colega como testigo, el señor Valence - observó el barón, indicando al hombre de la cabeza rapada - ratificará mi versión de la disputa.

-¿Llevaba papeles el muerto? - preguntó Forain, tras una pausa -. ¿Puedo examinar el cadáver?

Nadie se opuso a ello, y, después de registrar al muerto y su levita y chaleco, como yacían sobre el césped, el investigador no encontró por fin más que una simple carta, breve pero confirmatoria, hasta cierto punto, de la historia que se le había contado. Iba firmada por «Abraham Crane» y era evidentemente del padre del muerto, que vivía en Huddersfield; de hecho, Monk pudo reconocer el nombre como el de un conocido magnate de la industria nortea. La carta se refería únicamente a asuntos para cuya gestión el joven había sido enviado a París; al parecer, se trataba de cerrar un contrato con la sucursal parisiense de la sociedad «Miller, Moss y Hartman», pero la forma un poco áspera en que se exhortaba al joven a evitar los devaneos de la capital francesa daba a entender que tal vez el padre tuviese noticias de las disposiciones que habían conducido a su hijo a la muerte. Sólo una cosa en esta carta absolutamente normal intrigaba no poco al investigador. Acababa diciendo que acaso el firmante mismo iría a Francia para informarse del resultado del asunto «Miller, Moss y Hartman», y que en este caso se alojaría en «Las siete estrellas» e iría a buscar a su hijo al Château d'Orage. Parecía extraño que el hijo hubiera dado la dirección del sitio mismo donde estaba llevando la vida disoluta que su padre condenaba tan enérgicamente.

Nada más de particular se encontró en los bolsillos, excepto un viejo medallón conteniendo el retrato descolorido de una señora morena.

Forain permaneció un momento con el ceño fruncido; doblando el papel entre sus dedos, después dijo de pronto:

-¿Puedo subir a su casa, señor barón?

El barón se inclinó en silencio; dejaron a los testigos del muerto montando la guardia junto a su cadáver, y los demás subieron lentamente la cuesta. Iban despacio, por dos razones: primera, porque el camino pendiente y tortuoso se hacía más irregular a causa de las raíces dispersas de los pinos que parecían colas de dragones moribundos, y del verde mucílago que podía haber sido su verde sangre, y que tornaba resbaladizo el suelo; y después porque Forain se detenía de cuando en cuando para tomar la que parecía innecesaria nota de ciertos detalles del general abandono. O hacía poco tiempo que el barón se hallaba en posesión de la finca, o se cuidaba muy poco de las apariencias.

Lo que había sido jardín estaba cubierto por gigantescos hierbajos, y cuando pasaron delante de los pequeños invernáculos sobre la pendiente, Forain vio que estaban vacíos y que el vidrio de uno de ellos tenía una descuidada rotura que parecía una estrella en el hielo. Forain estuvo contemplando el agujero por espacio de un minuto.

Entraron en la casa por las grandes puertas vidrieras, se encontraron primero en una galería redonda con una redonda mesa de juego. Por la forma podía haber sido el aposento de un torreón, pero parecía en cierto modo tan llana y soleada como una glorieta, pues estaba decorada en blanco y oro, según el estilo ornamental del siglo XVIII. Pero todo lo que tenía de florida tenía de ajada, y el blanco se había vuelto amarillo y el oro se había vuelto ocre. En aquel momento este deterioro no era sino el fondo del callado pero elocuente drama de un desorden más reciente. Había naipes esparcidos por el suelo y sobre la mesa, como si hubieran sido arrojados o los hubieran hecho volar de las manos que los sostenían; por todas partes aparecían botellas de champaña, la mitad de ellas rotas, y casi todas vacías; una silla estaba derribada. Era fácil creer lo que Lorraine había dicho de la orgía que ahora se le antojaba pesadilla.

-No es una escena edificante - dijo el barón con un suspiro - y, no obstante, supongo que tiene una moraleja.

-Puede parecer singular - respondió Forain -, pero en mi propio problema moral esto es incluso tranquilizador. Dada la muerte, me alegro hasta de la bebida.

Mientras hablaba se bajó rápidamente y recogió de la alfombra un puñado de naipes.

-El cinco de spades - dijo a Monk, en inglés, con aire pensativo -; el cinco de espadas, como dirían los españoles, supongo yo; ¿sabe usted? spade quiere decir «espada». El cuatro de espadas. El tres de espadas. El..., ¿tienen ustedes teléfono aquí?

-Sí, en otra habitación, junto a la otra puerta de la casa - respondió el barón, algo desconcertado.

-Con su permiso me serviré de él - dijo Forain. Y salió rápido del salón de juego. Atravesó otro salón interior mayor y más oscuro, que por un motivo u otro había sido mantenido en un estilo de decoración más severo y anticuado.

Había colgadas en él unas astas de venado; brillaban unas armas sobre el fondo oscuro del roble y la tapicería, y Forain vio algo que detuvo su mirada cuando iban a salir por la otra puerta. A un lado de la chimenea había una panoplia con dos espadas cruzadas y, en el sitio correspondiente del lado opuesto, otra con los ganchos vacíos. Comprendió por qué las dos espadas habían parecido anticuadas. Bajo la ominosa panoplia vacía había una mesa de ébano con unos querubines esculpidos, tan grotescos que más parecían malignos duendes.

A Forain se le antojó que un negro querubín le contemplaba con una curiosidad muy poco angelical. Miró por un momento los cajones del armario, y siguió adelante.

Entornó la puerta tras de sí, y los demás oyeron luego cerrarse otra puerta en un sitio más distante del edificio, hacia el camino que pasaba por el lado más remoto de la casa. Hubo un silencio; no podían oír ni el timbre ni la conversación del teléfono.

El barón Bruno había dejado caer su monóculo y se tiraba algo nerviosamente de su larga barba negra.

-Supongo, señor - dijo, dirigiéndose a Monk que podemos contar con el sentimiento del honor de su amigo.

-Estoy seguro de su honor - dijo el inglés, acentuando levemente el pronombre posesivo.

El duelista superviviente, Le Caron, habló por primera vez, y lo hizo con brusquedad.

-Déjenle que telefonee - dijo -; no habrá ningún jurado francés que califique de asesinato este desdichado asunto. Fue casi un accidente.

-Que se debía evitar, pienso yo - dijo fríamente Monk.

-Barón - dijo -. He resuelto mi pequeño problema. Yo trataré esta tragedia como una desgracia particular, con una condición: la de que todos ustedes se reúnan conmigo y me den una explicación que me satisfaga, en París y dentro de esta semana. Pongamos en la terraza del café «Roncesveaux», el jueves por la tarde. ¿Les conviene esto? ¿Queda entendido? Muy bien; volvamos al jardín.

Cuando volvieron a salir por la puerta vidriera, el sol estaba ya alto y todos los detalles del declive con el prado abajo aparecían con una nueva claridad. Al doblar un grupo de árboles y llegar al terreno del duelo, Forain se paró en seco y puso sobre el brazo del barón una mano que apretaba como una garra.

-¡Dios mío! -dijo -. No puede ser. Tiene usted que alejarse en seguida.

-¿Qué? - gritó el otro.

-La cosa va rápida - dijo el investigador -. El padre está ya aquí.

Siguieron su mirada hasta el muro, jardín abajo, y lo primero que vieron fue que la vieja y mohosa puerta del jardín estaba abierta, dejando entrar la blanca luz de la carretera. Después advirtieron que, unas yardas adentro, había un hombre alto y flaco, de barba gris, todo vestido de negro y con el aire de un ministro puritano. Estaba de pie sobre el césped contemplando al muerto. Una muchacha de sombrero negro estaba arrodillada junto al cadáver, y los dos testigos, como movidos por un instinto de discreción, se habían retirado un trecho y permanecían sombríos mirando al suelo.

A la clara luz del sol el grupo parecía una escena iluminada en un escenario verde.

-Vuélvanse ustedes en seguida los tres -dijo Forain casi con fiereza -. Váyanse por la otra puerta. No deben ustedes de ningún modo encontrarse ahora con él.

El barón, después de un momento de vacilación, pareció asentir; Le Caron ya se había vuelto. El matador y sus dos testigos se dirigieron a la casa y una vez más desaparecieron en ella. El joven alto de la cabeza rapada iba el último, con una calma que hacía parecer cónicas hasta sus largas piernas. Era el único de ellos que apenas parecía afectado.

-El señor Crane, supongo - dijo Forain al desolado padre-. Temo que sepa usted ya todo lo que le podamos decir.

El hombre de la barba gris asintió con un movimiento de cabeza; había cierta glacial indignación en su semblante, y algo extraviado en su mirada que contrastaba con el dominio de su expresión, algo que parecía natural en aquel momento, pero que, según descubrieron después, era normal en él hasta en tiempo ordinario.

-Señor dijo -, he visto el final de los naipes y el vino; y el castigo de Dios por todo lo que yo temía. - Después añadió con inconsecuente simplicidad, más bien trágica que cómica -: Y la esgrima, señor. Siempre he sido contrario a esta manía francesa, de ganar premios en la esgrima. El fútbol es ya bastante malo, con sus apuestas y toda clase de brutalidades, pero no conduce a esto. Me parece que es usted inglés - dijo de pronto a Monk -. ¿Tiene usted algo que decir de este abominable asesinato?

-Digo que es un abominable asesinato - dijo Monk con firmeza -. Lo estaba diciendo a mi amigo apenas hacía media hora.

-¿Y usted? - gritó el viejo, mirando receloso a Forain -. ¿Defendía usted los duelos, tal vez?

-Señor - respondió Forain suavemente -, no es hora de defender nada. Si su hijo de usted hubiese caído de un caballo, yo no defendería los caballos; usted podría decir de ellos lo peor que se le ocurriera. Si se hubiera ahogado en un bote, yo desearía como usted que todos los botes estuviesen en el fondo del mar.

La muchacha contemplaba a Forain con una inocente intensidad de mirada que resultaba extraña y dolorosa; pero el padre se volvió impaciente, diciendo a Monk.

-Como por lo menos usted es inglés, me gustada consultar con usted.

Y se llevó al inglés aparte.

Pero la hija continuaba mirando a Forain sin hablar ni moverse, y él le devolvía la mirada con un interés difícil de describir. Ella era rubia como su hermano, con los cabellos pajizos y el rostro blanco, pero sus facciones eran irregulares, con aquella afortunada disposición que de cada cincuenta veces acierta sólo una, y entonces es más hermosa que la belleza. Sus ojos parecían incoloros como el agua, pero fúlgidos como diamantes, y cuando se encontraron con los del francés, éste comprendió, con creciente e incontenible emoción, que estaba afrontando algo mucho más positivo que el relajamiento del hijo o las limitaciones del padre.

- ¿Puedo preguntarle, señor - dijo ella con firmeza - quiénes eran aquellos tres hombres que estaban ahora mismo con usted? ¿Eran los hombres que le han asesinado?

-Señorita - dijo él, sintiendo que todo disimulo era inútil -, usted emplea una palabra muy dura, y el Cielo sabe bien que es natural. Pero no puedo aparecer ante usted como lo que no soy. Yo mismo he empuñado un arma como ésta y casi he cometido un asesinato como éste.

-No me parece que tenga usted cara de asesino - dijo ella con calma -. Pero ellos, sí. Aquel hombre de la barba roja parecía un lobo, un lobo bien vestido, que es lo peor. Y aquel hombre hinchado y pomposo, ¿Qué podía ser sino horrible con su barba negra y un cristal en un ojo?

-Me figuro - dijo Forain respetuosamente - que el vestir bien no es ser malvado, y un hombre puede ser más víctima que verdugo y llevar una barba y un monóculo.

-Pero no aquella enorme barba y aquel pequeño monóculo - respondió ella categóricamente -. ¡Oh, yo sólo los vi desde legos, pero sé muy bien que tengo razón!

-Comprendo que usted piensa que todo duelista es un criminal que debería ser castigado -dijo Forain con voz algo bronca -. Sólo que habiendo sido yo uno de ellos...

No - dijo ella -. Yo pienso que estos duelistas deberían ser castigados. Y para demostrarle lo que quiero y lo que no quiero decir - y su rostro pálido apareció transfigurado por una sonrisa enigmática, pero deslumbradora - deseo que usted los castigue.

Hubo un extraño silencio, y ella añadió bajando la voz:

-Usted ha visto algo. Usted tiene una idea, estoy segura de ello, de cómo llegaron a batirse y de lo que ha habido en realidad detrás de todo esto. Usted sabe que verdaderamente hay algo malo, mucho peor que una disputa de jugadores.

Él se inclinó ante ella y pareció ceder como ante la represión de un amigo antiguo.

-Señorita - dijo - me honra su confianza. Y su encargo.

Se enderezó con igual prontitud y se volvió de cara al padre, quien había vuelto a acercarse mientras conversaba con Monk.

-Señor Crane dijo gravemente-, debo pedirle por un momento que tenga confianza en mí. Este caballero, así como otros compatriotas de usted a quienes puedo remitirme, le dirán, creo, que soy digno de crédito. He comunicado ya con las autoridades y hasta puede usted considerarme en cierto modo como su representante. Puedo responder de que los responsables de este terrible asunto están bajo vigilancia y de que la justicia está en condiciones de hacer lo que considere justo. Si usted me honra con una entrevista en París después del próximo jueves, podré informarle mejor de muchas cosas que debe usted conocer. Entretanto, yo tomaré todas las disposiciones que usted desee acerca de las ceremonias debidas al difunto.

El viejo Crane aún tenía la mirada colérica, pero se inclinó, y Forain y Monk, devolviendo el saludo, regresaron al château. Mientras lo hacían, el francés volvió a detenerse junto al invernadero y señaló el vidrio roto.

-Hasta ahí, el mayor agujero que hay en esta historia es éste -dijo-. Me amenaza como la boca del infierno.

-¡Esto! - exclamó su amigo -. Esto puede haber ocurrido en cualquier momento.

Ha ocurrido esta mañana - dijo Forain - o, de otro modo... sea como sea, los trozos son recientes; nada ha crecido a su alrededor. Y hay la marca de un tacón en el suelo de dentro. Uno de estos hombres ha puesto el pie sobre el cristal al dirigirse al terreno del duelo. ¿Por qué?

-Aquel individuo, Lorraine - observó Monk -, dijo que estaba borracho anoche.

-Pero no esta mañana - respondió Forain -. Y, aunque un hombre borracho podía muy bien poner el pie sobre una gran caja de cristales que encontrara a su paso, dudo que lo pudiese sacar tan limpiamente. Si tan borracho hubiese estado, me figuro que la trampa le hubiese hecho caer y habría más vidrios rotos. Esto no me hace pensar en un hombre borracho. Es más como de un hombre que estuviera ciego.

-¡Ciego! - repitió Monk, con un escalofrío enteramente irrazonable -. Pero ninguno de estos hombres es ciego. ¿Hay alguna otra explicación?

-Sí - respondió Forain -. Lo hicieron en la oscuridad. Y ésta es la parte más oscura del asunto.

El que hubiese seguido los pasos de los dos amigos al atardecer del jueves siguiente, cuando ya el crepúsculo había encendido a su alrededor las luces multicolores de París, hubiese podido imaginar que no tenían otro objeto que visitar una serie de cafés. No obstante, su curso, aunque tortuoso y errático, estaba proyectado de acuerdo con la consecuente estrategia del detective aficionado. Forain fue primero a ver a la condesa, la viuda aun superviviente del noble que murió en duelo quince años antes, en el mismo sitio. En un sentido literal, iba a verla y no a visitarla. Porque se contentó con permanecer sentado en la acera de un café frente a su casa tomando un aperitif hasta que ella salió en su carruaje. Era una dama morena, con una belleza más bien floja, como un cuadro que viviese como una flor, un retrato de caja de momia. Luego no hizo más que echar una mirada al retrato del viejo medallón que había sacado del bolsillo del muerto, movió la cabeza casi con aprobación, y se encaminó, atravesando el río, a la parte menos aristocrática y más puramente comercial de la población. Recorriendo rápidamente una importante calle de Bancos y edificios públicos, llegó a un gran hotel construido sobre el mismo majestuoso modelo, pero que tenía el usual grupo de mesas en la acera. Éstas estaban cercadas con plantas de adornos y cubiertas por un toldo a rayas blancas y de color lila; y en una mesa del último rincón, destacándose sobre el último y verde resplandor crepuscular, vio el negro bulto del barón Bruno, sentado entre sus dos amigos. El toldo que los cubría ocultaba la parte superior de su alto sombrero negro, y Monk tuvo la idea de que parecía una negra cariátide babilónica que sostuviese todo el edificio; acaso hubiese algo asirio en su gran barba cuadrada. El inglés

sintió una subconsciente tentación de compartir el prejuicio de su paisano, pero era evidente que Forain no lo compartía. Porque se sentó con los tres hombres, y se puso a dar muestras de una camaradería y hasta una jovialidad completamente inesperadas. Mandó traer vino y los invitó reiteradamente, entrando luego en una animada conversación, y no fue hasta una media hora después cuando nuestro imaginario espectador, vigilando sus movimientos, le habría visto levantarse con una ligera vuelta a la rigidez, saludar a la compañía y reanudar su singular recorrido.

Su curso en zigzag por la ciudad iluminada le llevó primero a un teléfono público y después a una oficina pública, que Monk pudo identificar como el sitio donde el cadáver estaba aguardando la autopsia. De aquí salió con expresión muy sombría, como el que se ha encarado con un hecho horrible; pero no dijo nada y siguió su camino hasta la dirección de Policía, donde pasó algún tiempo encerrado con las autoridades.

Después volvió a atravesar el río andando de prisa y todavía en silencio, y en un tranquilo rincón de París entró por el blanco y gastado portal de un edificio que en otro tiempo había sido un hotel, en la antigua y aristocrática acepción y ahora era un hotel en un sentido más comercial, pero especialmente tranquilo. Atravesando el pórtico y los pasadizos, salió a un jardín tan íntimo que el mismo cielo crepuscular parecía un toldo de oro y verde como el toldo blanco y lila bajo el cual se había sentado el sombrío barón. Unos cuantos huéspedes en traje de noche se hallaban distribuidos por las mesas bajo los árboles, pero Forain pasó rápidamente entre ellos dirigiéndose a una mesa próxima a unos escalones, en la cual pudo ver una muchacha vestida de gris con el cabello de oro.

Era Margaret Grane, quien levantó la vista al acercarse él, pero sólo dijo, como jadeante:

-¿Sabe usted algo más sobre el asesinato?

Antes de que él pudiera responder apareció el padre en lo alto de los escalones, y Forain sintió vagamente que mientras el vestido gris de la muchacha parecía armonizar con todo, el negro severo y rígido de los vestidos del anciano quedaba como una protesta de los Puritanos contra los Caballeros.

-El asesinato - repitió con una voz fuerte y ronca, que se oyó por doquier -. Esto es lo que queremos saber. ¡Este asesinato, señor!

-Señor Crane - dijo Forain -, creo que usted sabe cuánto me duele su situación, pero la lealtad me obliga a advertirle que en estos asuntos criminales hay que mirar lo que se dice. Si se llega a un juicio, su acusación no ganará nada con que usted haya maltratado a estos hombres al buen tuntún, aunque sea en privado. Debo decirle no solamente que el duelo, en cuanto duelo, parece haber sido regular, sino que los duelistas parecen ser personas de señalada regularidad.

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó el anciano.

-Seré franco con usted y le confesaré que los he visto desde entonces - dijo Forain-. Es más, he pasado una especie de alegre velada con ellos..., lo que quise que fuese una alegre velada. Pero me veo obligado a decirles que son tan poco alegres como su conciencia de ustedes puede desear. De hecho parecen tener hábitos comerciales muy parecidos a los de usted. Francamente hablando, traté de hacerlos beber y arrastrarlos a una partida de naipes, pero el barón y sus amigos rehusaron fríamente, dijeron que tenían compromisos, y nos separamos después de tomar café y de sostener una breve y curiosa conversación.

-Por esto mismo los odio aún más - dijo la muchacha.

-Es usted perspicaz, señorita - observó Forain con creciente admiración -. Yo también tomé las cosas en ese sentido, aunque no fuera más que para probarlos. Y dije lisa y llanamente a nuestro aristocrático amigo: «Mientras he creído que eran ustedes una pandilla de jugadores y bebedores, consideré esto como un accidente de la embriaguez; pero permítame que le diga que la cosa toma un mal cariz cuando hombres maduros, de costumbres morigeradas, indiferentes al juego, admiten entre ellos a un simple muchacho y juegan a los naipes con él. Ya sabe usted lo que se piensa en tales casos: se piensa que el de más edad juega, como si dijéramos, con ventaja. Y resulta peor aún si después acalla a su contrincante esgrimiendo con ventaja también.»

-Y ¿qué dijeron a esto? - preguntó la muchacha.

-Me es doloroso tenerlo que repetir - dijo Forain -, pero fue una sorpresa muy molesta para mí. En el momento preciso en que yo creía haberles acorralado definitivamente, Le Caron, el hombre de la barba roja, cuya espada había dado el golpe mortal, saltó, como el que abandona todo disimulo, con impaciente cólera: «Yo respeto a los muertos - dijo -pero usted me obliga a suprimir toda reserva. Yo sólo puedo decirle que no fuimos nosotros, los maduros, los que arrastramos a los muchachos a la bebida, sino que fue él quien nos arrastró a nosotros. Llegó al château ya medio borracho, e insistió para que el barón mandara traer champaña



de las "Siete estrellas", porque nosotros éramos una reunión de gente sobria y la bodega no estaba ni siquiera provista. Fue él quien insistió para que jugáramos; fue él quien nos provocó, diciendo que teníamos miedo de jugar; fue él quien finalmente añadió, con fanfarronería y con absoluta falsedad, el intolerable insulto de decir que éramos unos fulleros.»

-No puedo creer eso -dijo Crane; pero su hija permaneció callada, con su rostro pálido e inteligente vuelto hacia el detective aficionado, quien siguió dando cuenta de su conversación.

«Yo no le pido que dé crédito a mi palabra - prosiguió Le Caron -. Pregunte usted a Lorraine, pregunte usted al doctor Vandam, quien fue al mesón por vino, y se halló ausente cuando ocurrió la disputa. Se entretuvo pagando la cuenta, y no creo que sintiera el no haberse hallado en ella. Él también, como yo, se alegra de ser un bourgeois en estos asuntos. Pregunte al mismo posadero; él le dirá que el vino fue comprado ya entrada la noche, después de la llegada del joven. Pregunte en la estación; allí le dirán cuándo llegó el joven. Puede usted comprobar fácilmente mi relato.»

-Puede leer en su cara - dijo la muchacha en voz baja - que usted lo ha comprobado. Y lo ha hallado verídico.

-Usted ve el corazón de las cosas - dijo Forain.

-No puedo ver los corazones de esos hombres - respondió ella -, pero puedo ver los huecos donde debieran estar sus corazones.

-Usted los encuentra odiosos - dijo él -. ¿Quién le puede censurar por ello?

-¡Odiosos! - exclamó el anciano-. ¿No han asesinado a mi hijo?

-Hablo solamente como consejero - observó el francés -. Ya sé que ustedes no creen que un duelista pueda ser un hombre respetable. Yo sólo digo que, de hecho, estos hombres parecen respetables. Yo, no sólo he comprobado su relato, sino que he explorado su pasado. Parecen haberse ocupado de asuntos comerciales, pero sólidamente y en gran escala; puedo consultar los registros de la Policía, y si hubiesen estado metidos en otro escándalo de esta clase lo sabría. Perdóneme; temo creer que un duelo es a veces justificable. Yo sólo les advierto que, según la opinión francesa, ellos podrían justificarlo.

-Sí - dijo la muchacha -. Cuanto más habla usted de ellos más horribles resultan. ¡Oh! Ese es el tipo de hombre realmente horrible, el que siempre puede justificarse. Los hombres honrados dejan siempre más boquetes abiertos, como mi pobre hermano; pero los malos siempre están con la armadura completa. ¿Hay algo más blasfemo que la defensa del malo cuando su caso es completo, como dicen los leguleyos; cuando el juez resume gravemente y el jurado está de acuerdo y la Policía obedece y todo marcha como sobre bien untadas ruedas? ¿Hay algo más repugnante que el olor de ese aceite? Entonces es cuando yo siento la imposibilidad de esperar hasta que el día del juicio haga cuartearse sus blanqueados sepulcros.

-Y es entonces - dijo Forain lentamente - cuando yo me bato en duelo.

La muchacha se sobresaltó.

-¿Entonces? - dijo.

-Entonces - repitió el francés, levantando la cabeza -. Usted, señorita, ha pronunciado la defensa del buen duelista. Usted ha demostrado el derecho del caballero particular a desenvainar una espada particular. Sí; es entonces cuando yo hago esa cosa criminal y sanguinaria que tanto les horroriza a usted y a su padre. Sí; es entonces cuando yo me convierto en asesino. Cuando no hay una falta en el sepulcro blanqueado y yo no puedo esperar la ira de Dios. Y permítame recordarles que ustedes aun no han oído el fin de mi entrevista con los hombres que los han sumido en el luto.

Crane le miraba aún con frígido recelo, pero la muchacha, como sugirió Forain, tenía grandes intuiciones. Su rostro y sus ojos se iluminaron.

-No querrá usted decir... - empezó, y después se calló.

Forain se puso en pie.

-Sí - dijo -. Siendo como soy una persona tan sanguinaria, no debo permanecer más en una compañía tan respetable. Sí, señorita; he desafiado al hombre que mató a su hermano.

- ¡Desafiado! - repitió el indignado Crane -. ¡Desafiado...! Aún más... carnicería de esta clase -y no pudo seguir, como si sus palabras le ahogaran. Pero la muchacha también se había levantado y extendió su mano, como una reina.

-No, padre - dijo -. Este caballero es nuestro amigo y me ha vencido en buena lid. Pero veo ahora que hay más en el ingenio francés de lo que nosotros nos figuramos; sí, y en el duelo francés también.

Forain respondió con el rostro encendido y bajando la voz:

-Señorita, mi inspiración es inglesa. - Y, con una reverencia un poco brusca, se alejó acompañado de

Harry Monk, quien le miraba reprimiendo una sonrisa.

-No puedo pretender - dijo festivamente Monk -que sea yo la inspiración inglesa de su vida.

-Déjese de tonterías - dijo el otro con cierta brusquedad - y volvamos al asunto. Como imaginé que sus ideas sobre el duelo eran tan parecidas a las del viejo Crane que usted consecuentemente no podía representarme, he pedido a los testigos de su infortunado hijo que actuaran como los míos. Creo que el joven Lorraine nos será de gran utilidad para ayudarnos a sondear este misterio. He hablado con él y estoy convencido de su gran talento.

-Y me conoce a mí de años - dijo Monk riendo - y está convencido de mi gran estupidez.

-De su gran serenidad - repuso Forain -. Es por esa razón por lo que no le pido su ayuda en esto.

Los escrúpulos de Monk, sin embargo, no le impidieron que se hallara presente en el nuevo encuentro que tan rápidamente y hasta irregularmente se había concertado. Y sus viajes con su excéntrico amigo, que ya habían empezado a recordarle los cambios y repeticiones de una pesadilla, le volvieron a llevar unos días más tarde al antiguo prado del castillo d'Orage. El jardín del barón Bruno había sido elegido por segunda vez, al parecer como una especie de concesión al grupo de aquel personaje, pero éste, era un privilegio algo lúgubre, y ellos evidentemente lo consideraban así. Tan poco dispuestos se hallaban, en efecto, a quedarse en aquel sitio donde una vez se habían holgado y se habían batido, que el automóvil del barón estaba esperando afuera en la carretera para volverlos inmediatamente a París. Forain había sospechado siempre que el barón tenía muy poco afecto a su finca, y, en este caso, él y sus amigos parecían volver allí como fantasmas. El prejuicio de Margaret Crane le habría hecho decir que una sombra de fatalidad se cernía sobre ellos. Pero era más razonable y más en consonancia con la reputación pacífica y burguesa a que parecían tener derecho, suponer que estaban naturalmente pesarosos de tener que volver al escenario de su anterior y detestado derramamiento de sangre. Cualquiera que fuese la causa, la cara morena del barón parecía más grave y sombría; y Le Caron, cuando volvió a verse espada en mano sobre aquella hierba fatal, estaba tan blanco que su barba parecía escarlata, como si fuese de pelo postizo o encendida pintura. Monk llegó a imaginar que la brillante punta de la hoja vibraba ligeramente, como si la mano que la sostenía temblase.

El parque sombreado por los pinos, con su casi descolorido abandono, parecía un lugar donde podían pasar los siglos sin sentir. La blanca luz matutina no hacía más que acentuar los grises detalles, y Monk se sorprendió a sí mismo imaginando que aquella era de verdad la cenicienta vegetación de unos tiempos primitivos. Esto podía ser debido a sus nervios, que estaban, y no sin razón, algo deprimidos. Al fin y al cabo éste era el tercer duelo que tenía lugar en aquel terreno, y los dos primeros habían terminado con la muerte de uno de los contendientes; no podía evitar el pensar que acaso su amigo iba a ser la última víctima. En todo caso, le pareció que los preliminares se hacían intolerablemente lentos. Le Caron mantenía largas consultas en voz baja con el torvo barón, y hasta los propios testigos de Forain, Lorraine y el doctor, parecían más inclinados a esperar y a hablarse al oído que a llevar adelante el mortal asunto. Y todo esto resultó más extraño todavía por cuanto el combate, cuando al fin tuvo lugar, pareció terminar en un abrir y cerrar de ojos, como un juego de prestidigitación.

Apenas las espadas se habían cruzado dos o tres veces cuando Le Caron se encontró desarmado. El acero se le había escapado de la mano como una cosa viva y había descrito una brillante curva por encima de la pared del jardín; pudieron oír cómo el metal sonaba sobre las piedras del camino. Forain le había desarmado con un giro de la muñeca.

Forain se enderezó y saludó con la espada.

-Caballeros - dijo -, estoy completamente satisfecho si ustedes lo están. Al fin y al cabo, el motivo de la disputa era de poca importancia, y por ambos lados el honor, hasta aquí, estaba a salvo. Por otra parte, veo que ustedes, caballeros, tienen prisa por volver a la ciudad.

Monk observaba, desde hacía tiempo, que su amigo iba mostrándose cada vez más dispuesto a dejar que el grupo adversario saliera bien de aquel asunto; había hablado seriamente de ellos como de unos dignos comerciantes. Pero, fuese o no el efecto de verle en salvo, tuvo la sensación de que las figuras que tenía delante se habían encogido y hecho más vulgares y repugnantes. La nariz aguileña de Le Caron parecía más un mero gancho; sus elegantes vestidos parecían sentarle con dificultad, como a un gran maniquí de sastrería. Pero lo más extraño de todo era que el otro colega del barón, Valence, el de la cabeza rapada, permanecía aparte con las piernas separadas y un sonrisa burlona y amarga en el rostro. Cuando el barón y el derrotado duelista se dirigían, malhumorados, a través de la puerta del jardín, al automóvil que aguardaba afuera, Forain se acercó a este último miembro del extraño grupo y (con gran sorpresa de Monk) habló con él rápidamente y en voz baja durante unos minutos. Fue sólo al oír el vozarrón de Bruno, que le llamaba

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

